

No hace mucho tiempo que empecé a percibir aquel ruido. Pero tampoco puedo decir que fuera algo reciente. Cuando vuelvo atrás en el tiempo, hay una zona borrosa; es justo allí donde comenzó a existir; ocurrió de repente. Un buen día empecé a escucharlo. Parecía llegado como por generación espontánea, como las manchas que forman los microbios en una caja transparente de cultivos celulares.

Sólo lo oía en determinados momentos, y no necesariamente cuando yo quería. A veces sucedía mientras contemplaba las luces de la

ciudad desde la ventanilla del último autobús de la tarde, o cuando una joven cabizbaja, de apariencia melancólica, me daba un ticket de acceso en la entrada de un viejo museo. Aparecía sin previo aviso, como por capricho.

Aquellos momentos sólo tenían en común un leve crujido en el pecho, y el que me hicieran regresar a un lugar especial del pasado: a mi vieja residencia de estudiantes. Era un edificio no muy grande, de tres plantas de hormigón armado y de diseño sobrio. Las ventanas deslucidas, las cortinas amarillentas o las grietas de las paredes exteriores dejaban claro que se trataba de un edificio vetusto, y sin embargo no había nada que evocara la presencia de estudiantes: ni motocicletas, ni raquetas de tenis, ni zapatillas. La única imagen que aparecía nítida era la del contorno del edificio.

Aun así, no podía decirse que estuviera en ruinas, porque era evidente que el interior de

aquel hormigón medio podrido contenía aliento humano. El calor y el ritmo de aquella respiración penetraban silenciosamente en mi piel.

Hacía seis años que había dejado la residencia, pero las visitas inesperadas del ruido me hacían recordarla con toda claridad.

El sonido sólo se escuchaba durante un instante muy breve, y siempre mientras me acordaba de la época de la residencia. Mi mente se quedaba en blanco, como una pradera extensa cubierta de nieve. Resonaba en lo más alto del cielo. No estoy segura de poder llamarlo sonido. Quizás palabras como temblor, flujo, o dolor sordo fueran más adecuadas. A pesar de todo mi empeño, no era capaz de captarlo. Su origen, su tonalidad, su timbre seguían siendo imprecisos. Nunca supe cómo describirlo. A veces, debido a esta indefinición, me daba por hacer comparaciones: el murmullo helado de una fuente en invierno cuando una moneda se hunde hasta el

fondo, la vibración del líquido linfático del oído interno al bajarse uno de un tiovivo, el sonido de la noche atravesando la palma de una mano que aún sostiene el teléfono tras haber colgado una llamada del novio. Pero dudo que alguien pueda entenderlo.

 Mi primo me llamó por teléfono una tarde de viento frío, a comienzos de primavera.

 —Eh... perdona por llamar así, tan de repente.

 Al principio no supe quién era.

 —Hace mucho tiempo, casi quince años que no nos vemos, y a lo mejor ya te has olvidado de mí, pero yo nunca he olvidado lo bien que te portabas conmigo cuando era pequeño...

 Se puso nervioso mientras me explicaba quién era.

—Soy tu primo. Jugabas conmigo en Año Nuevo y en las vacaciones de verano, en casa de la abuela, en el campo.

En ese momento por fin supe quién era.

—Hombre... ¡Ha pasado mucho tiempo!
—le dije sorprendida por tan inesperada llamada.

—Es verdad.

Suspiró como si estuviera más tranquilo. Entonces cambió el tono para decirme:

—En realidad, te llamo para pedirte un favor.

Por un momento no fui capaz de entender en qué posición me colocaba aquello. Un primo, de una edad tan diferente, del que no tenía noticias desde hacía quince años, me llamaba pidiéndome un favor. No era capaz de imaginar de qué podía tratarse. Así que dejé que siguiera hablando, para averiguar qué quería exactamente.

—Verás, es que empiezo la universidad en abril.

—Vaya. ¿Ya eres tan mayor? —exclamé, pues la última vez que le había visto tendría unos cuatro años.

—Así que tengo que buscarme un sitio para vivir, pero no he tenido mucha suerte de momento y por eso me he acordado de ti.

—¿De mí?

—Sí. De que tú estuviste en una buena residencia de estudiantes, y muy barata.

Tuve que hacer memoria. El recuerdo de los cuatro años que pasé en la residencia, entre los dieciocho y los veintidós, estaba ahora apartado en un lugar tan remoto de mi memoria como el recuerdo de haber jugado con mi primo.

—Vaya, ¿y cómo sabías que yo había estado en una residencia?

—Bueno, ya sabes: aunque llevemos años sin vernos, las familias hablan sobre las cosas de los hijos... —contestó mi primo.

La verdad es que era un buen lugar para vivir. Y aunque no tenía unas normas o unos principios demasiado estrictos, se respiraba en ella una atmósfera discreta y tranquila. El coste de la habitación era sorprendentemente barato. Era como si renunciaran a tener beneficios.

Lo llevaba un particular, no una empresa o un organismo. Quizás sería más adecuado decir que, más que una residencia, era una pensión, pero no cabía duda de que aquel lugar era una residencia de estudiantes. Un hall de entrada con techo alto, tubos de calefacción subiendo por las paredes del pasillo, un pequeño arriate en el patio interior hecho de ladrillos alineados. Todas y cada una de aquellas imágenes se fusionaban perfectamente en el eco que desplegaba la denominación: residencia de estudiantes. La palabra pensión en modo alguno me habría evocado las escenas vividas en aquel lugar.

—Está lejos de la estación, las habitaciones son pequeñas y el edificio está algo destartalado. Además ya ha pasado mucho tiempo desde que me gradué...

Expuse primero, pues, los inconvenientes.

—No importa. A mí esto no me preocupa. La verdad es que no tengo dinero... —dijo mi primo, abiertamente.

Uno de los motivos de nuestro alejamiento había sido la pérdida de su padre por enfermedad cuando él era pequeño. Era pues inevitable que estuviera preocupado por el dinero.

—Entiendo. En tal caso, es el mejor lugar.

—¿Ah, sí? —dijo mi primo, animándose.

—Me pondré en contacto con la residencia. No creo que tengas problema para tener una plaza. Se trata de una residencia poco conocida, de esas que siempre tienen habitaciones libres. Aunque puede que, con lo poco que ganaban, ya haya quebrado. Si fuese así, hasta que en-

contrases un lugar, siempre podrías quedarte en mi casa. De todos modos, puedes venir a Tokio cuando quieras...

—Gracias.

Noté que mi primo sonreía al otro lado del teléfono.

Fue así como volví a tener relación con la residencia de estudiantes.

Lo primero era llamar a la residencia, aunque había olvidado por completo el número de teléfono. Miré con aprensión en el listín telefónico. No estaba segura de que una residencia tan pequeña tuviera el número de teléfono registrado. Pero allí estaba: «Climatización, sistemas de seguridad, gimnasio, sala de música insonorizada, habitaciones con baño, teléfono, armarios. Una atmósfera excelente rodeada de zonas verdes en el corazón de la ciudad».

Era un anuncio espléndido, y a continuación aparecía discretamente el número de

teléfono. Cuando llamé fue el propio *sensei* quien se puso al teléfono. Él vivía allí, y era a un tiempo director y administrador de la residencia. Los alumnos residentes lo llamaban pues el *sensei*.

—Sí, mire... resulta que yo estuve alojada en la residencia durante cuatro años. Me gradué hace seis...

Cuando le dije mi apellido de soltera, el *sensei* enseguida se acordó de mí. Su manera de hablar no había cambiado en absoluto.

Suspiré aliviada, pues sonaba exactamente como siempre: lo recordaba íntimamente ligado a aquella voz tan peculiar. Espiró con lentitud, como si estuviera respirando profundamente, y habló con voz ronca. Era una voz tan huidiza, que me preocupaba que aquel aliento tan profundo pudiera tragárselo en el momento menos pensado.

—Le llamo porque mi primo va a empezar en la universidad en primavera, y está buscan-

do alojamiento. Había pensado que, a lo mejor, podría hospedarse en la residencia —le conté brevemente.

—Ah, vaya... —suspiró profundamente el *sensei*.

—¿Habría algún inconveniente?

—No. No se trata de eso... —era como si el *sensei* se arrepintiera de sus palabras.

—¿Quizás ha cerrado la residencia?

—No. No hemos cerrado. La residencia sigue abierta. Es el único lugar que tengo para vivir, así que mientras yo esté, la residencia seguirá funcionando —dijo, poniendo énfasis en la palabra «funcionando»—. Pero la situación, o, mejor dicho, algunas cosas de la organización han cambiado desde que usted estuvo aquí.

—¿Qué tipo de cosas?

—Bueno. No sé cómo podría explicárselo, porque yo mismo tampoco lo entiendo demasiado, pero por lo pronto le diré que en estos

momentos estamos en una situación bastante difícil, bastante complicada —el *sensei* tosió levemente al otro lado del teléfono.

Mientras escuchaba aquel ruido, pensé en qué tipo de situación «bastante difícil y bastante complicada» se encontraría la residencia.

—De hecho, el número de alumnos residentes se ha reducido drásticamente. Cuando usted estaba aquí, ya llamaba la atención el número de habitaciones vacías, pero ahora son muchas más. Por ese motivo hemos tenido que suprimir el servicio de comedor. ¿Se acuerda del cocinero que estaba a cargo de la cocina?

—Sí —contesté mientras recordaba la figura del cocinero moviéndose en silencio en la cocina larga y estrecha.

—Tuvo que dejar de trabajar para nosotros. Fue una pena. Era tan buen cocinero... Además, tampoco podemos calentar el baño comunitario todos los días. Lo hacemos día sí, día no. Los

servicios de tintorería y de bebidas a domicilio tampoco funcionan. El picnic de *ohanami*,¹ la fiesta de Navidad, todos los actos de la residencia han sido suprimidos —el *sensei* iba bajando paulatinamente la voz.

—Si son sólo cambios de este tipo, no es grave. No parece una situación tan difícil y complicada, ¿no? —dije, pues algo me empujaba a intentar animarle.

—Lleva usted razón. Estos cambios en sí mismos no significan nada. Lo que acabo de decirle, en realidad, es sólo la parte exterior de cuanto me gustaría transmitirle. Es sólo la caja craneal. La verdadera sustancia del problema está en algún lugar de la médula, en la glándula pineal del cerebelo, en la parte más profunda del cerebro.

1. Ohanami: literalmente «ver flores». Es la costumbre japonesa de apreciar la belleza de las flores. En este caso, se refiere a la costumbre de acudir en masa a los parques y jardines para observar la flor del cerezo entre los meses de marzo y abril.

El *sensei* hablaba con prudencia, como eligiendo las palabras. Yo intentaba entender la situación en la que estaba inmersa la residencia. Mientras tanto, intentaba recordar la página del libro de ciencias de primaria sobre «La estructura del cerebro», pero fui incapaz de conseguirlo.

—Esto es todo cuanto puedo decirle. En cualquier caso, la residencia de estudiantes está sufriendo una especie de desintegración. Pero no es motivo para rechazar a posibles residentes, como es el caso de su primo. Por lo tanto, vengan sin ningún reparo. La verdad es que me hace muy feliz que usted no haya olvidado la residencia. Dígale a su primo cuando venga que traiga una copia del registro civil y el certificado de ingreso de la universidad; ah... y que lleve la firma del avalista.

—De acuerdo —dije, sintiéndome algo extraña.

Y colgué el teléfono.